


Íñigo Aguilar Medina*
María Sara Molinari*

ANTROPOLOGÍA

Familia y lazos sociales



Las redes sociales de todo grupo humano se encuentran en constante modificación, ya sea porque se refuerzan, se debilitan, se rompen o se recrean. Así las familias en la Zona Metropolitana de la Ciudad de México (ZMCM) han sufrido una recomposición de manera especial durante la última década,¹ tanto en su estructura como en sus roles y en los lazos sociales que asignan a cada uno de sus miembros, motivadas ante todo por el desmoronamiento de las políticas sociales,² hecho que se explica como causa de la marginación a la que ha sido sometida la gran mayoría de las familias por el modelo económico neoliberal que sigue nuestra sociedad, preocupado hasta ahora más por la ganancia de las variables de lo que llama macroeconomía, dejando en manos de las familias la búsqueda y aplicación de las medidas adecuadas que logren al menos paliar sus graves efectos negativos dirigidos ahora de lleno contra las formas que la cultura ha elaborado durante generaciones para hacer posible que se tenga acceso a los niveles de bienestar considerados aceptables.

En este trabajo, se analizan los efectos que la falta de una política social clara y vigorosa está teniendo en las relaciones de intercambio que se dan en el seno de la familia, reflejándose en las nuevas formas de pensar respecto a los papeles que cada uno de sus miembros desempeña en su interior, así como en su misma estructura, es decir, familias en las que hay pocos niños de tres años y menos, al mismo tiempo que aumenta el número de personas de 60 años y más, al igual que se da una mayor permanencia de los hijos solteros mayores de 18 años. Sin olvidar el constante incremento en el número de las familias monoparentales que se organizan en función del papel que la mujer adquiere cuando pierde, ahora con más frecuencia, la otrora estable relación con su pareja.

* Dirección de Etnología y Antropología Social, INAH.

¹ Cf. Vania Salles, "Familias en transformación y códigos por transformar", en Cristina Gomes (comp.), *Procesos sociales, población y familia*, México, FLACSO/Miguel Ángel Porrúa, 2001, pp. 103-126.

² Mario Luis Fuentes *et. al.*, *La familia: investigación y política pública. Día internacional de la familia. Registro de un debate*, México, UNICEF/DIF/El Colegio de México, 1996.



La población estudiada

Esta investigación tiene como base los resultados obtenidos de un cuestionario aplicado a mil personas, las cuales fueron seleccionadas al azar, estableciéndose de manera previa que cumplieran con sólo dos requisitos: que al momento de la entrevista tuvieran la mayoría de edad, o sea los 18 años, y que su domicilio se ubicara en la ZMCM, es decir, en cualquiera de las 16 delegaciones del Distrito Federal o también en cualquiera de los 35 municipios conurbados³ del Estado de México.

Se tomó la decisión de recopilar los datos sobre cada grupo doméstico por medio de una entrevista a sólo uno de sus integrantes, quien proporcionaría la información de las características básicas de su núcleo familiar o doméstico, así como la referida a sus lazos sociales, sus valores y su visión del mundo que forman parte de su identidad, todo lo cual puede además compartir o no, en mayor o en menor grado con las personas que integran su respectivo grupo.

Se buscó que la unidad de análisis fuera en todos los casos el grupo de personas que integran el hogar, es decir, la pequeña comunidad que tiene o no lazos consanguíneos y de afinidad, pero que en todo caso comparte la vivienda y los gastos. Los sujetos específicos del estudio son, de la familia, el jefe de ésta, el cónyuge, los hijos y los parientes consanguíneos y de afinidad del jefe de familia y del cónyuge; o bien, del grupo doméstico, cualquiera de las personas que como ya se dijo, aunque no tengan ningún lazo de parentesco constituyen un hogar, es decir, que tienen un techo y una economía en común. Así, el universo de estudio se conformó con los grupos familiar y doméstico.

Sin embargo, en la ZMCM la forma predominante de vida en el hogar continúa siendo en familia, ya que sus dos variantes o formas de grupo doméstico —la que está compuesta por una sola persona o aquella en que se da la convivencia de dos o más— representan una proporción muy pequeña respecto al total de la población, hecho que se confirma en la muestra observada en este

estudio, pues sólo comprende al 3.4% de los entrevistados. Esta situación confirma que la mayoría de la población de la ZMCM, el 96%, se mantiene viviendo con personas con las que mantiene un lazo familiar, y que se tiene una pequeña, 2.9%, pero sensible presencia de personas que por diversas circunstancias viven solas, lo que constituye un tipo especial de hogar.

Una vez establecidas las características que debía cumplir la población muestra, se procedió a la aplicación del cuestionario para conocer cuáles son los lazos sociales y los valores generados entre los miembros del hogar para determinar la importancia que tienen los cambios económicos, sociales, culturales y políticos de la última década en la conformación de relaciones, valores, actitudes, normas y creencias que se desarrollan en los hogares mexicanos de la ZMCM.

La muestra quedó integrada con 608 mujeres y 392 hombres. Las entrevistas se aplicaron desde julio hasta noviembre de 2002 a la población, la que presentó las siguientes características en su distribución geográfica: la primera es que se entrevistaron a personas que viven en las dos entidades federativas que conforman la ZMCM. Del Distrito Federal (DF) se tuvo el 75.1% del total de entrevistas y del Estado de México, el 24.9%; la segunda es que en el DF se cuestionó a personas que viven en alguna de las 16 delegaciones: Álvaro Obregón, Azcapotzalco, Benito Juárez, Coyoacán, Cuajimalpa, Cuauhtémoc, Gustavo A. Madero, Iztacalco, Iztapalapa, Magdalena Contreras, Miguel Hidalgo, Milpa Alta, Tláhuac, Tlalpan, Venustiano Carranza y Xochimilco; y en el Estado de México se trabajó con personas de 19 de los 35 municipios conurbados: Atizapán de Zaragoza, Chalco, Chicoloapan, Chiconcuac, Chimalhuacán, Coacalco, Cuautitlán Izcalli, Ecatepec, Huixquilucan, Ixtapaluca, La Paz, Naucalpan, Netzahualcóyotl, Nicolás Romero, Tecamac, Texcoco, Tlalnepantla, Tultitlán y Valle de Chalco Solidaridad.

Cuando se terminó la etapa de aplicación de las entrevistas, se pudo establecer que el número de colonias donde habitan los interrogados suman 380, lo que en promedio significa que se tiene a 2.6 personas por colonia, en tanto que las frecuencias registradas del número de entrevistados por colonia, varían, de una hasta 37 personas.

³ INEGI, Cuaderno estadístico de la zona metropolitana de la ciudad de México, Aguascalientes, INEGI, 2002.

Asimismo resulta que entre los interrogados predominan las mujeres, por lo que la participación por sexo es desigual, situación en la que influyó, entre otras razones, el hecho de que es más fácil encontrar a las mujeres en su domicilio, pero sin duda alguna porque también colaboraron más en proporcionar la información requerida sobre su familia, por ello su presencia en esta investigación constituye el 60.8%, en tanto que la de los varones es de 39.2% del total.

Lazos sociales

Los individuos en toda sociedad se ocupan de manera cotidiana en reforzar los lazos que los unen tanto con las otras personas con las que conviven como con los grupos y las instituciones que le dan forma a su sistema social. Sin embargo, se observa que las personas mantienen, sobre todo en las llamadas sociedades subdesarrolladas e integradas a la economía globalizada,⁴ una constante asimetría en dichas relaciones, lo que se traduce en diferentes grados de bienestar para ellas y la población en general.⁵ Los grados de bienestar abarcan desde la plena participación hasta la completa exclusión social, escala con la que se determina el nivel de bienestar tanto individual como colectivo de cada comunidad.

En un país como México, donde los altos índices de pobreza hablan del bajo o nulo nivel de bienestar para el más amplio sector de nuestra sociedad, de manera constante se integran a esta situación más ciudadanos haciendo cada vez mayor la proporción de la población inmersa en esas condiciones, y la que siempre presenta las características de la falta o insuficiencia de ingresos familiares, resultado de la carencia de empleos o de empleos bien remunerados, y ausencia de educación, originada tanto por la insuficiencia de la oferta de las instituciones como por la carencia permanente de recursos económicos de la gran mayoría de familias.

⁴ Cfr. Rolan Robertson, "Identidad nacional y globalización: falacias contemporáneas", en *Revista Mexicana de Sociología*, año LX, núm. 1/98, México, IIS-UNAM, enero marzo de 1998, pp. 3-19.

⁵ Cfr. Manuel Ribeiro Ferreira, *Familia y política social*, Buenos Aires, Lumen, 2000.



Por un lado, no pueden costear los gastos derivados de la asistencia de sus miembros a los centros educativos y, por el otro, tampoco pueden quitarlos de sus actividades laborales que aunque realizadas de manera no continua y mal remuneradas, son con las que logran asegurar al menos la subsistencia de todo el núcleo familiar.

Cabe señalar que entre los individuos que provienen de familias en las que la pobreza ha sido la constante por varias generaciones, la gran mayoría si no es que todos, tiene grandes desventajas: vivir sin el mínimo bienestar y sin los medios económicos para alcanzarlo mediante la educación y el empleo adecuadamente remunerado. Los patrones culturales que les permiten sobrevivir se convierten paradójicamente en refuerzo de su tendencia a mantenerse en esa situación o incluso para incrementar su nivel de pobreza y exclusión social.

Mientras tanto, entre las personas provenientes de familias con mejor nivel de bienestar, con mayores grados de instrucción y con ingresos más estables y bien remunerados, los embates de la economía de la globalización les representa la depreciación de su formación profesional en el mercado de trabajo y, por ende, la



inseguridad permanente respecto al empleo. Esto los obliga en primer momento a potenciar los recursos con los que cuentan y a crear nuevos lazos sociales. Ahora bien, si por sí mismos ese modelo económico no les

permite superar la situación adversa, al menos cuando aplican esos paliativos o recursos, les es posible ir retrasando el objetivo que busca la globalización y que parece no ser otro que la progresiva pauperización.

El problema de desigualdad que la sociedad genera a través de políticas económicas, culturales y sociales basadas sólo en el beneficio de la reproducción del capital y que además parecen querer asegurar por todos los medios el ya no contar más con “el lastre” de las políticas sociales que siempre han tenido como objetivo el de buscar saldar las desi-

gualdades e injusticias que impiden a determinados sectores de la sociedad alcanzar mejores y similares niveles de bienestar, tiene que ser solucionado por las instituciones que no diseñan dichas estrategias políticas ni están provistas del poder necesario para revertirlas. Así se observa en la ZMCM que la familia ha tenido que hacerle frente a las ventajas de la macroeconomía, que hasta la fecha han resultado inversamente proporcionales a las desventajas obtenidas en la microeconomía familiar. Es la familia la que se constituye en unidad básica para proporcionar el bienestar y el desarrollo de sus miembros; la que despliega diferentes estrategias que le permiten continuar ejerciendo sus funciones tradicionales y además la que suple tanto las viejas como nuevas carencias que la política económica y social le plantea, de tal manera que ahora se ocupa en recomponer los lazos sociales con los que dota a sus miembros, para así permitirles afrontar las nuevas y, al parecer, programadas agresiones de la economía globalizada.

Pareciera que el sistema capitalista, en especial en su modalidad neoliberal y globalizada se caracteriza por deshacer los lazos sociales, por dispersar a las personas, por atacar a las familias, de manera especial a través de su endeble economía; lo que por siglos y aún en décadas anteriores era mucho más claro para cada familia, la construcción social y la inserción plena del individuo en su comunidad, es hoy de lo más oscuro; la frase “se enamoraron, se casaron y vivieron felices” no se entiende que suceda como algo casi inevitable, ya ni en los cuentos. El futuro del individuo y el de

Cuadro 1.
Número de niños de 3 años y menos

	Frecuencia	Porcentaje
Ninguno	863	86.3
1	122	12.2
2	13	1.3
3	2	.2
Total	1000	100.0

Fuente: Encuesta directa. DEAS-INAH, México, 2002.



sus lazos sociales son en el presente la constante incógnita, sobre todo para los sectores más desprotegidos, inmersos en la perenne inmovilidad, ante la ausencia ya no sólo de oportunidades sino también de los caminos que proporcionaba la cultura y que todo individuo “conocía” por la herencia de la que le hacía partícipe su grupo, para poder ascender en la escala social y del bienestar.

Ante el embate de la macroeconomía y carencia de eficaces políticas sociales dirigidas hacia la familia, ésta ha tenido que velar sola por su reforzamiento, por promover el desarrollo integral y equitativo de sus miembros, así como luchar para la satisfacción de sus necesidades, es decir, que la búsqueda del bienestar familiar queda ahora en mayor proporción bajo la responsabilidad de esta institución, al mismo tiempo que por sí misma, tiene que descubrir los medios más adecuados para ello. De lo anterior, parte el interés de este trabajo cuya finalidad es describir algunas de las estrategias con las que las familias que viven en la ZMCM han ido respondiendo a las adversas políticas económicas y a la falta de acciones por parte de las instituciones sociales que les permitan lograr su incorporación a niveles cada vez más aceptables de bienestar.

Las prácticas familiares

Toda vez que las prácticas sociales se construyen a partir de patrones de conducta aprendidos, los que a su vez permiten el establecimiento de costumbres, o sea de la repetición de las formas aceptables de hacer las cosas, las que una vez que se vuelven inoperantes, son sustituidas por otras, es por esto que siempre es factible para el estudioso dar cuenta de su dinámica. Por ello, ahora es posible proceder a describir los cambios que se advierten en las prácticas y en los lazos sociales de las familias que habitan en la ZMCM.

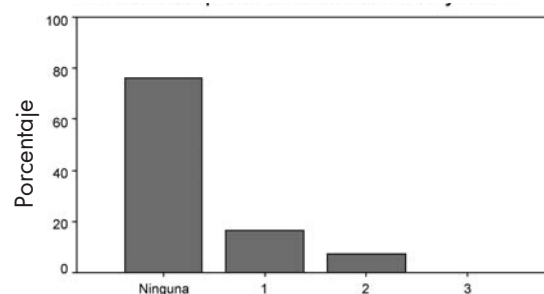
Las estrategias familiares que se analizarán a continuación son siete, con éstas se verá la creación y concreción de algunas de las nuevas expresiones de comportamiento que la familia está aportando a sus integrantes para que puedan recomponer sus lazos sociales, de tal manera que les permitan al menos conservar sus mismos niveles de bienestar.

Cuadro 2
Número de personas de 60 años y más

	Frecuencia	Porcentaje
Ninguna	761	76.1
1	166	16.6
2	71	7.1
3	2	.2
Total	1000	100.0

Fuente: Encuesta directa. DEAS-INAH, México, 2002.

Gráfica 2
Número de personas de 60 años y más



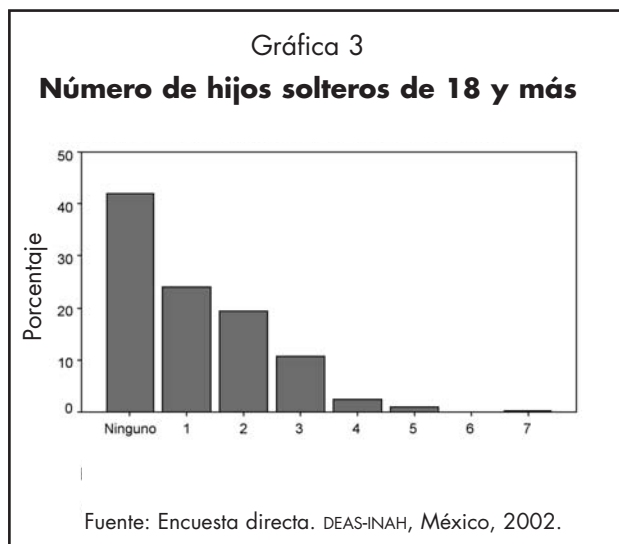
Fuente: Encuesta directa. DEAS-INAH, México, 2002.

El primer comportamiento se refiere al número de niños de hasta tres años que tienen las familias de las personas entrevistadas, a diferencia de lo que se encontraba hasta hace unas cuantas décadas, el porcentaje de pequeños de estas edades tiene una presencia que apenas alcanza el 14% del total de familias entrevistadas: la mayor proporción, 12.2%, tienen uno de dicha edad; sólo se encontraron algunas familias con dos, 1.3%, y únicamente dos que tenían tres niños de tres años y menos edad. Así, se observa que los pequeños son ahora escasos en las familias de la ZMCM y que cuando llegan ya no siguen la tradicional secuencia anual (véase cuadro y gráfica 1).

El segundo, se ocupa del número de personas de 60 años y más que viven en las familias estudiadas, lo primero que llama la atención es que el porcentaje es sensiblemente mayor respecto al caso de los niños de tres y menos años, pues casi la cuarta parte de las personas entrevistadas, 23.9%, cuenta entre sus miem-

Cuadro 3		
Número de hijos solteros de 18 años y más		
	Frecuencia	Porcentaje
Ninguno	421	42.1
1	241	24.1
2	194	19.4
3	108	10.8
4	24	2.4
5	9	.9
6	1	.1
7	2	.2
Total	1000	100.0

Fuente: Encuesta directa. DEAS-INAH, México, 2002.

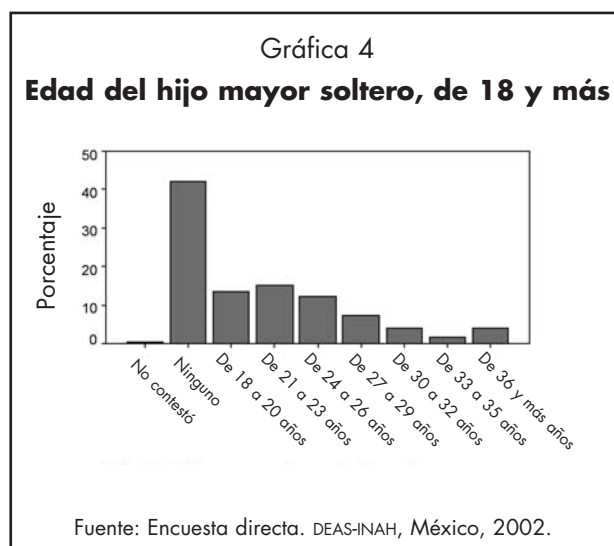


bro con al menos una persona de 60 años y más: 16.6% registra sólo a una, en tanto que el 7.1% tiene a dos y tan sólo dos familias tienen 3 (véase cuadro y gráfica 2).

El tercero describe el número de hijos solteros que tienen 18 años y más y que viven con su familia de orientación, es decir, con sus padres o con alguno de ellos. Así resulta que casi la sexta parte, 57.9%, de las familias entrevistadas cuentan con al menos un hijo soltero mayor de edad. De ese porcentaje, el 54.3% lo constituyen los hogares que tienen uno o tres hijos solteros y como se puede ver este porcentaje casi alcanza al anterior; en tanto, los que tienen entre cuatro y siete

Cuadro 4		
Edad del hijo mayor soltero, de 18 años y más		
	Frecuencia	Porcentaje
No contestó	2	.2
Ninguno	421	42.1
De 18 a 20 años	135	13.5
De 21 a 23 años	151	15.1
De 24 a 26 años	123	12.3
De 27 a 29 años	72	7.2
De 30 a 32 años	40	4.0
De 33 a 35 años	17	1.7
De 36 y más años	39	3.9
Total	1000	100.0

Fuente: Encuesta directa. DEAS-INAH, México, 2002.



hijos solteros representan sólo el 3.6% (véase cuadro y gráfica 3).

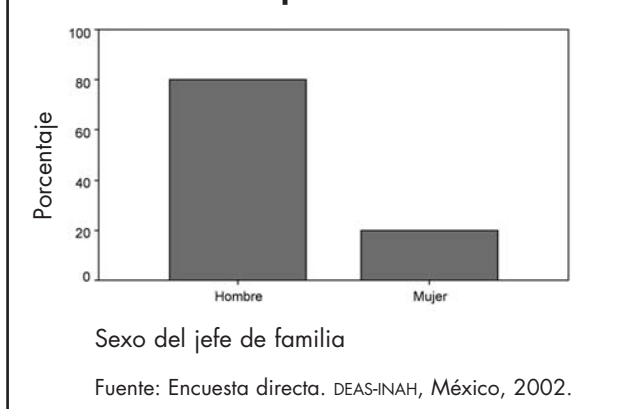
Sin embargo, los datos anteriores deben ser matizados de tal manera que puedan indicar la relevancia que tiene en las familias de la ZMCM la presencia de hijos solteros mayores de edad, para esto es necesario analizar la edad alcanzada por éstos para comprender el significado de esa situación. Así se entiende en primer lugar, que los hijos no por haber llegado a la mayoría de edad pasarán de manera automática a formar su propia familia o tienen que dejar el núcleo familiar, su presencia se considera no sólo como ade-

Cuadro 5
Sexo del jefe de familia

	Frecuencia	Porcentaje
Hombre	801	80.1
Mujer	199	19.9
Total	1000	100.0

Fuente: Encuesta directa. DEAS-INAH, México, 2002.

Gráfica 5
Sexo del jefe de familia



cuada sino también normal, y, en segundo, que dicha “normalidad” debe tener cierto límite. Por ello, en este trabajo, se considera que es “normal” que los hijos permanezcan en el hogar paterno hasta poco después de haber concluido sus estudios profesionales, lo que sucede más o menos hasta los 26 años de edad en promedio. Así pues, 40.9% de las familias estudiadas tienen hijos de entre 18 y 26 años, rango que habla de una permanencia en el hogar y que se llega a clasificar como ya se dijo, normal y, por tanto, aceptable. Pero en el resto de los hogares, 16.8%, se tiene que la edad del hijo soltero abarca desde los 27 años y hasta más de los 36. Esto indica una situación que se puede clasificar como “anormal”, ya que es el periodo de la vida en que la sociedad espera que los individuos hayan establecido su propia familia de procreación y que por diversas circunstancias —algunas ya analizadas— no suceda así entre significativa proporción de personas que habitan en la ZMCM (véase cuadro y gráfica 4).

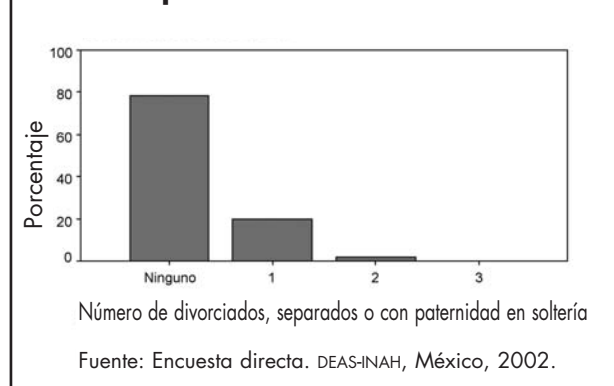
El quinto de los aspectos a analizar trata sobre la jefatura de la familia, pues la idea tradicional con respecto a la misma es que sea ocupada por el hombre; sin embargo, la jefatura femenina es cada vez más

Cuadro. 6
Número de divorciados, separados o con paternidad en soltería

	Frecuencia	Porcentaje
Ninguno	783	78.3
1	196	19.6
2	19	1.9
3	2	.2
Total	1000	100.0

Fuente: Encuesta directa. DEAS-INAH, México, 2002.

Gráfica 6
Número de divorciados, separados o con paternidad en soltería



común, lo que indica la presencia de nuevas formas de familia. En la muestra se encuentra que prácticamente la quinta parte de los hogares tienen al frente una mujer, 19.9%; en tanto que el resto, 80.1%, declaró que a su hogar lo dirige el hombre (véase cuadro y gráfica 5).

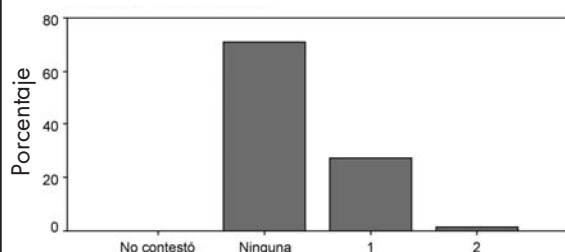
Asimismo, para conocer de manera amplia la causa del impacto que tiene la jefatura femenina, es necesario describir otras dos características de la familia que tienen que ver con esa modalidad en la dirección del hogar. La primera se refiere al número de personas que están divorciadas, separadas o que tienen una paternidad en soltería. Se observó en poco más de la quinta parte de las familias estudiadas, 21.7%, la presencia de una, dos y hasta tres personas que viven alguna de esas situaciones, lo que indica la proporción en que se da la desintegración de la relación de pareja, hecho que también puede estar propiciando el aumento de la jefatura femenina en el hogar (véase cuadro y gráfica 6). La

Cuadro 7
Número de mujeres que viven con su pareja y que trabajan

	Frecuencia	Porcentaje
No contestó	1	.1
Ninguna	711	71.1
1	274	27.4
2	14	1.4
Total	1000	100.0

Fuente: Encuesta directa. DEAS-INAH, México, 2002.

Gráfica 7
Número de mujeres que viven con su pareja y que trabajan



Fuente: Encuesta directa. DEAS-INAH, México, 2002.

segunda tiene que ver con el número de mujeres que viven con su pareja y además trabajan, ya que al sólo registrar las jefaturas femeninas con base en la primera característica, se pierde de vista aquellas mujeres que siguen compartiendo la vida con su pareja, pero las que también desempeñan un rol productivo reservado antaño sólo al jefe de familia. Así, se encuentra que en casi un tercio de las familias analizadas, 28.8%, hay una mujer que sin dejar de vivir con su pareja, desempeña además un trabajo remunerado.

Conclusiones

Ante la incertidumbre que las nuevas condiciones económicas y la falta de eficaces políticas sociales

plantean a la familia, se observa que los habitantes de la ZMCM han ido respondiendo con nuevas formas culturales que los llevan a modificar la estructura y los roles familiares, traduciéndose en la recomposición de sus lazos sociales, sin los que les sería más difícil a sus miembros superar las fuerzas de la exclusión social desatadas por el modelo económico que se aplica en nuestro país.

Los cambios percibidos en la sociedad tienen que ver con la forma en que se están reconstituyendo las familias; en este estudio se observa la disminución del número de niños de tres años y menos, así como en el porcentaje de familias en los que ellos están presentes, lo que se interpreta de distintas maneras. Una es que las políticas de planificación familiar han tenido el mayor de los éxitos, puesto que los jóvenes inician cada vez más tarde el establecimiento de su propia familia, y cuando lo hacen retrasan la llegada del primero de los hijos al mismo tiempo que limitan su número; además, si es el caso, dejan pasar determinado lapso de tiempo, cada vez mayor, para concebir a los siguientes. La otra se refiere a que los niños representan para cada vez más familias un gasto y ya no una inversión como antaño; otra más es que actualmente existe mayor número de mujeres que rebasaron la edad límite en la que es posible la reproducción biológica.

Por otro lado, el alto porcentaje de personas de 60 años o más entre las familias estudiadas, se explica desde luego por el aumento en las expectativas de vida, lo que también influye en una dependencia más prolongada de los jóvenes respecto de su familia de orientación. Tampoco hay que olvidar que la inversión en mayor número de adultos con esa edad o más, desvía recursos que se pudieran invertir en las nuevas generaciones, esto a la vez quizá sea otro motivo más que está incidiendo en la evidente disminución de los infantes.

Ahora bien, cuando se analiza el número y la edad de los hijos solteros de 18 años y más, se advierte que han aumentado su tiempo de permanencia en el seno de la familia de orientación. Hecho que al ser confrontado con el incremento del número de personas de 60 años y más, indica que la familia ha construido inédita etapa en su ciclo de vida, caracterizada porque, no obstante que los hijos están listos para formar su propio hogar e

iniciar la fase de reemplazo, ellos continúan con su familia de orientación; y aunque de manera distinta aún son dependientes de sus padres, lo que sin duda exige el establecimiento de nuevos lazos sociales que le den un renovado significado a los roles de hijos y padres. Las razones de esta novedosa situación hay que buscarlas no sólo en la carencia de empleo para los hijos, sino también en el aumento de las expectativas de vida de los padres y asimismo en la posibilidad que ahora tienen los hijos de reintegrarse a la familia de orientación cuando su relación de pareja se ve interrumpida por la separación, el abandono, el divorcio o paternidad en soltería.

Asimismo se observa que los lazos de la relación con la pareja no siempre tienen la misma fortaleza que los que se mantienen con los padres: cuando se rompe el vínculo de pareja, una de las características de los lazos establecidos con los progenitores, es que son flexibles, lo que permite el retorno de los hijos al hogar. Cabe señalar que la proporción de varones que hacen uso de esta oportunidad es mayor que la de las mujeres. En esta situación se encuentra poco más de la quinta parte de las familias estudiadas. Sin embargo, no hay que olvidar que el hecho de quedarse sin pareja se soluciona también estableciendo una nueva relación, lo que ocurre en mayor proporción entre los hombres, o bien asumiendo la jefatura del hogar y dando origen a familias monoparentales, entre las que predominan las maternas sobre las paternas; ello está indicando además mayor capacidad entre las mujeres para asumir su independencia y afrontar las consecuencias de sus decisiones sin la necesidad de retornar al seno de la familia de orientación.

Por todo lo anterior, resulta claro que el rol de jefe de familia ya no es desempeñado sólo por el varón, información fundamentada en los datos recopilados, registrados y analizados que dan cuenta de que tres de cada siete mujeres que viven con su pareja también trabajan, observándose además que dicha actividad se comparte con los hijos. Esto habla de la existencia de una nueva forma de relaciones que se da entre los inte-



grantes de la familia y en función de los cambios que ha tenido el rol del jefe de familia, quien ahora comparte sus antes exclusivas funciones en el aprovisionamiento de los recursos indispensables de la familia y lo que le da a la jefatura del hogar una dimensión necesariamente distinta.

Así pues, queda claro que los lazos familiares ya no están orientados a sostener gran cantidad de hijos, y que el aumento de las expectativas de vida permite a la familia contar por más tiempo con la presencia de los padres, lo que aunado a los problemas que tienen los hijos para formar su propia familia, da por resultado la aparición de una nueva fase en el ciclo familiar caracterizada por la práctica de un nuevo patrón de conducta que hace posible la convivencia en familias integradas sólo con adultos, donde los hijos siguen dependiendo de sus padres, pero bajo la dinámica de nuevos lazos, situación que mantienen en tanto pueden obtener de la sociedad la posibilidad de formar su propia familia, la que se expresa como el binomio de empleo bien remunerado y casa propia, y siempre y cuando la familia de orientación siga constituyendo la alternativa de paliar las consecuencias del fracaso en la relación de pareja.